

JUEVES SANTO - MISA VESPERTINA DE LA CENA DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
5 de abril de 2012
Ex 12, 1-8.11-14; 1Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15

¿Por qué lo haces, Señor? ¿Quizá que no sea para tanto? ¿No sabes que no lo valorarán, que estarán distraídos, que lo tratarán indignamente, que lo injuriarán, que olvidarán la razón por la que lo has hecho y no sacarán fruto?

Estas podrían ser, queridos hermanos y hermanas, algunas de las objeciones sensatas que se habrían podido poner a Jesús antes de la última cena, por parte de alguien que hubiera conocido su intención y hubiera intuido qué pasaría a lo largo de los siglos. En cambio, sabiendo el riesgo que corre, sigue adelante, sin dudar. Lo hace porque ama. Él, *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*. Se pone en la *mesa* y les deja su *Cuerpo* y su *Sangre*. Y no sólo en aquella noche, sino *cada vez* que se celebre su *memorial*, hasta el fin del mundo. Deja en el sacramento del pan y del vino el mismo que mañana vivirá en la cruz. Anticipa el don sacramental de la ofrenda de sí mismo y después se ofrecerá cruentamente en el Calvario. Será una ofrenda de su *Cuerpo* y su *Sangre* -de toda su persona- al Padre y a la humanidad. Ofreciéndose así, se convierte en el auténtico *cordero* pascual sacrificado en la cruz para entregarse totalmente a los demás, para perdonar los pecados de la humanidad, para convertirse en alimento en la mesa eucarística y de esta manera fortalecer a la humanidad para la ruta del mundo; se ofrece a sí mismo como *cordero* pascual para salvarnos de la muerte. Pone esta ofrenda sacramental de sus *Cuerpo* y de su *Sangre*, - se pone él mismo, por tanto- en manos de los discípulos, en manos de todos los cristianos. Unas manos que no siempre serán lo suficientemente puras, que no siempre tendrán la solicitud acogedora que debieran. Pero él no duda en hacerlo, porque le empuja el amor. La Iglesia es muy consciente del don que ha recibido, el sacramento de la Eucaristía es una herencia preciada para ella y no deja de hacerlo presente en el mundo para la vida de la humanidad.

Esta noche, hemos escuchado la narración que san Pablo hacía de este don del Señor. El Apóstol explica la *tradición* que él mismo había *recibido* pocos años después de la última cena del Señor, cuando él se convirtió en cristiano; así nos conecta con la versión más antigua que tenemos de los hechos. La Iglesia, maravillada por el *amor* entrañable de Jesucristo que se hace presente en la Eucaristía, da gracias de modo particular el Jueves Santo. Celebra y repite "aquella cena santísima" la noche del día antes de la pasión de Jesús. La Iglesia lo hace consciente de la grandeza del don que Jesucristo le ha hecho. "Antes de entregarse a la muerte" quiso dejarnos "el sacrificio nuevo y perenne" de la Eucaristía como "banquete de su amor". Son palabras de la liturgia de esta noche (cf. oración colecta) que nos ayudan a comprender el sentido del don que Jesús hizo en su última cena, un don que llega hasta nosotros. Estas palabras de la liturgia nos ayudan a comprender y a vivir mejor lo que estamos celebrando ahora. Subrayando que era "antes de entregarse a la muerte", se nos dice que, más allá de las causas humanas que le llevaron a la condena a muerte, en el fondo era Jesús quien se entregaba voluntariamente. Y el don de Jesús es, también, don del Padre y del Espíritu a la humanidad. La liturgia de esta noche, nos recuerda, además, que la entrega de Jesús es un "sacrificio", una ofrenda a Dios con derramamiento de *sangre*. En vez de los corderos que eran sacrificados ritualmente por pascua, ahora es Jesucristo que se entrega a la muerte como *cordero* puro y *sin defecto*. Es sacrificio la muerte en cruz acaecida una vez para siempre. Pero, cada vez que celebramos la Eucaristía, se hace presente este sacrificio y Jesús renueva su oblación al Padre y a la humanidad. Este sacrificio es calificado de "nuevo y perenne". "Nuevo" porque es totalmente inédito; en la alianza antigua, se ofrecía en

sacrificio la sangre de machos cabríos y de becerros; en cambio, Jesucristo, *se ha ofrecido a Dios como sacrificio y su sangre nos purifica*. Y es "perenne" porque con esta ofrenda *nos ha redimido para siempre* (cf. Hb 9, 14); tiene un valor permanente, eterno. Por ello, el *memorial* que hace la Iglesia en cada celebración nos posibilidad participar de sus frutos de salvación.

La cena que conmemoramos es el "banquete" del "amor" de Cristo, y por tanto del amor del Padre y del amor del Espíritu Santo. En la mesa eucarística, el Señor nos invita por amor a nutrirnos de su Cuerpo sacrificado en la cruz y a beber su Sangre que brotó de las heridas del Cuerpo. Con ello quiere que entremos en comunión con su vida divina porque da fuerzas y transforme la nuestra. Haciéndolo acogemos su amor y el de la Santa Trinidad. Por eso el don del sacramento eucarístico es inseparable del amor, es inseparable del lavatorio de los pies.

La institución de la Eucaristía y el lavatorio de los pies son expresión de una misma realidad. Jesús se da por amor en la cruz y en el sacramento que perpetua la ofrenda, y por amor lava los pies, para indicar como se ha hecho servidor nuestro en la humildad del lavatorio y en la humillación de la cruz. Así nos enseña, además, cómo nos tenemos que hacer servidores unos de otros si queremos amar como él. Servidores de los demás no sólo realizando algún servicio material, sino sobre todo dando la vida, gastándola para servir. Sólo podemos participar, pues, de la Eucaristía de una manera coherente si estamos dispuestos al perdón y al amor, si estamos dispuestos a ponernos al servicio de los demás. Por eso hoy es día de reconciliación, de perdón y de amor fraterno sin exclusiones, según el estilo de Jesús. Por ello, además, debemos sentirnos interpelados por las muchísimas necesidades que padecen, de una manera creciente, tantos hermanos nuestros. Jesús ha dado la vida por todos ellos al igual que por nosotros. Debemos encontrar, por tanto, las maneras concretas de ayudarles por amor. Como signo de nuestra voluntad de ayuda, al final de la celebración haremos en una colecta a favor de quienes se encuentran en el paro, una situación que crece a medida que aumentan las consecuencias de la gravísima crisis económica. Lo que recojamos, junto con una aportación del monasterio, será entregado a "Acción Solidaria contra el paro" para que puedan continuar sus proyectos para crear empleo y paliar tantas situaciones angustiosas como se dan en nuestro entorno mismo.

Dispongámonos a *celebrar el memorial del Señor*. Gracias a la acción del Espíritu Santo, nos es posible participar ahora de la "cena santísima" que es "el banquete" del amor de Jesucristo. Nutriéndonos del Cuerpo y Sangre podremos obtener el don de disfrutar de la vida en Cristo y de crecer en la estima hacia todos. Vivámoslo con atención, con respeto, con amor agradecido. Y, después, reconociendo la presencia del Señor en el Sacramento eucarístico, démosle una parte de nuestro tiempo de esta noche de Jueves Santo entregándonos a la adoración y a la acción de gracias. Tratemos de corresponder así con nuestro amor, aún siendo muy escaso, al amor sin límites de Jesucristo.